

LIBRO PRIMERO: UNA TIERRA NUEVA

¡Cruza ad apria, intrépidos aventureros!

.....

A formar y dominar, ¡a conquistar como os plazca!

¡Avanzad resueltos, con el alma encendida

Para atrapar la presa —hasta alcanzar la meta!

Desplegad vuestra bandera de barras y estrellas

¡Y adelante, constructores, que construiréis un Mundo!

LADY EMMELINE STUART WORTLEY.

A los Americanos que Cruzan el Istmo.

1. La conquista de California

LAS SERGAS DE ESPLANDIÁN, libro de caballerías de Garci Ordóñez de Montalvo, publicado en España en 1510, ubicaba una isla imaginaria llamada California a la derecha de Las Indias, junto a los linderos del Paraíso Terrenal. En dicho romance, la habitaban grifos y otros seres fabulosos, gobernados por amazonas azabaches. Cuando en 1533 Beltrán Nuño de Guzmán descubrió la península al oeste de México, los españoles creyeron que era isla, en un supuesto archipiélago al que bautizaron *Las Californias*. Su indefinido límite septentrional colindaba con Asia, lo demarcaba el mítico estrecho de Anián o lo cortaba la Nueva Albión de Drake, dependiendo del geógrafo. Con el tiempo, la península se llamó Baja y la provincia arriba, Alta California.

España comenzó a explorar la costa de Alta California en 1542, pero transcurrieron muchos años sin que intentara colonizarla. A la postre, temiendo que los rusos o los ingleses se apoderaran de la provincia, y necesitando puertos donde aparejar los galeones de Manila, los españoles ocuparon San Diego en 1769 y Monterey en 1770. Hasta entonces descubrieron la bahía de San Francisco, y enseguida fundaron el presidio y la misión en dicho punto cuando ya las trece colonias inglesas al otro extremo del continente habían declarado su independencia.

Los misioneros españoles del siglo xvi encontraron en Baja California aborígenes que vivían "como animales": sin siembros, ni viviendas, ni ropa. En las Californias habitaban numerosas tribus y se hablaban diversas lenguas, pero la población no llegaba a un ser humano por kilómetro cuadrado. Sólo los del valle del río Colorado conocían la agricultura, y los indios de Alta

California, pacíficos y dóciles, en general no opusieron resistencia a la ocupación por las fuerzas militares y eclesiásticas de España. Las fuerzas militares fueron pocas: apenas 380 soldados en la provincia entera en las postrimerías del siglo xviii. Las eclesiásticas, descollando Fray Junípero Serra, establecieron veintiuna misiones a lo largo del litoral, desde San Diego hasta Sonoma. Esas misiones fueron la sangre de la vida económica de Alta California. Las exportaciones de sebo y cueros de sus grandes hatos de ganado, sufragaban los gastos fiscales. Los sacerdotes, en su ministerio, ejercieron una meritoria labor educativa, comenzando así a salvar la brecha cultural entre el aborigen y el europeo.

Las misiones prosperaron y siguieron florecientes hasta la cuarta década del siglo xix. La de San Diego, por ejemplo, llegó a tener ocho grandes haciendas que cubrían cien kilómetros cuadrados de extensión. Todas las misiones estaban bien provistas de herramientas de carpintería, herrería y talabartería. Los terrenos aledaños a la iglesia se dedicaban a la agricultura y agroindustrias, produciendo abundantes vinos y brandis, aceite de oliva, sombreros, zapatos y otros artículos de cuero, mantas de lana y jabones. Al finalizar 1831, en los 62 años desde su arribo a Alta California, los frailes habían bautizado 88.873 neófitos, celebraron 24.692 matrimonios y asentaron 63.282 defunciones en los registros.

La independencia de México en 1821, seguida de la secularización de las misiones en 1834, puso fin a las labores de los frailes: en 1834 los legisladores en la capital mexicana entregaron a las autoridades militares y sus allegados el control de las fincas y fábricas de las misiones. Bajo la nueva administración, los indios huyeron en masa "hacia sus antiguos refugios en las montañas."¹ La población indígena de 30.000 bajó de súbito a 4.450. La ruina que ello produjo se lee con claridad en las estadísticas a secas suministradas a la prensa por el cónsul francés en Monterey, publicadas por el *San Francisco Herald* en 1853:

ESTADÍSTICAS DE LAS MISIONES DE ALTA CALIFORNIA²

	en 1834, bajo los frailes	en 1842, bajo el gobierno
Cabezas de ganado	424.000	28.320
Caballos	62.000	3.800
Ovejas, cabros y cerdos	321.500	31.600
Fanegas de granos	118.500	14.000

Fuera de las misiones, la vida social, económica y política de Alta California giraba alrededor de enormes estancias. A inicios de la guerra de Estados Unidos con México, 800 concesionarios poseían ocho millones de acres en fincas que en algunos casos parecían más bien reinos por el poder y las riquezas que conferían a sus dueños. Los lazos que ataban al indio a la tierra de sus padres lo hicieron siervo: el hacendado era dueño de la tierra y la tierra era dueña del indio. En la Alta California pastoral de 1845 había pocas escuelas y ningún periódico, ni hospital ni ciudad propiamente dicha. Su capital provinciana, Monterey, no sobrepasaba las 2.000 almas. Su mejor puerto, San Francisco, se llamaba Yerba Buena y albergaba menos de 300 personas. La población hispanoamericana en los mil kilómetros del litoral desde San Diego hacia arriba cifraba apenas en los 7.000 habitantes, denominados *californios*.

Todo cambió al romperse las hostilidades en 1846, con la subsiguiente avalancha de inmigrantes por mar y tierra que raudo lanzaron a la nueva Tierra Prometida hacia la vanguardia del mundo moderno. Pionero prominente del cambio fue un suizo, John Augustus Sutter, quien en 1838 obtuvo del gobierno mexicano una concesión de 49.000 acres en el valle del río Sacramento, comprometiéndose a construir y mantener un fuerte para defender la frontera. Dedicándose a comerciar con los indios por pieles,

Sutter no sólo construyó un fuerte sino también anexos con bodegas, tienda, alambique, molino, curtiembre, telar, herrería y otros talleres. El Fuerte de Sutter, llamado "Nueva Helvecia", pronto se convirtió en refugio de creciente número de cazadores de pieles, antiguos marineros y aventureros a granel, en su mayoría norteamericanos anglosajones. El próspero bastión de Sutter, aislado e independiente, y en especial la hospitalidad que el suizo les brindaba a los norteamericanos, inexorablemente lo puso en conflicto con los californios.

La animosidad entre los californios y los anglosajones se exacerbó en febrero de 1846 con el arribo del coronel John C. Frémont a la cabeza de 62 soldados del cuerpo de ingenieros topográficos del ejército de Estados Unidos. Frémont iba en ruta a Oregon, ostensiblemente a explorar el territorio, pero también llevaba instrucciones secretas para entrar en acción al romperse las hostilidades con México. La presencia de tropas norteamericanas en el Fuerte de Sutter alarmó al general José Castro, Comandante en Jefe de California, quien al frente de sus tropas en la misión de San Juan Bautista ordenó a Frémont que se marchara de inmediato o lo expelía por la fuerza. Frémont respondió airado: levantó defensas en los cerros que dominaban la misión, izó ahí "las Barras y Estrellas" y aguardó "el tiempo suficiente para que Castro lo atacara, pero cuando éste no lo hizo, se marchó por el valle del río Sacramento", reanudando su travesía hacia Oregon.³

El 9 de mayo, cuando acampaba junto al gran lago Klamath, lo alcanzó el teniente Archi H. Gillespie, mensajero expreso con órdenes de Washington, y Frémont presto dio vuelta atrás a cumplir su misión secreta. En la madrugada del 11 de junio tendió una emboscada a una patrulla mexicana y capturó 200 caballos que llevaban para el ejército de Castro. La guerra había comenzado. El 15 de junio tomó por sorpresa el cuartel de Sonoma y continuó hacia el *Río de los Americanos*, afluente del Sacramento, donde reclutó refuerzos de entre los inmigrantes anglosajones. De regreso en Sonoma, atacó y derrotó a un pelotón de setenta dragones, la vanguardia del ejército de Castro. El 4 de julio, setenta aniversario de la independencia de

Estados Unidos, Frémont arengó en Sonoma a sus compatriotas, exhortándolos a declarar la independendencia de una quimérica "California Republic", lo que hicieron al instante, declarándole al mismo tiempo la guerra a los californios mexicanos. El episodio de Sonoma fue copia al carbón de la República de Texas. La bandera que pintaron, de oso pardo, franja y estrella, tiñendo con zumos de bayas un pedazo de manta, perdura hoy como pendón estatal de California. Pero la República del Oso Pardo nunca fue nación independiente, ya que el comodoro John Drake Sloat, de la escuadra norteamericana del Pacífico, izó las Barras y Estrellas sobre Monterey y se apoderó oficialmente de California en nombre de Estados Unidos el 7 de julio.

Frémont con sus topógrafos e inmigrantes formó un cuerpo de 150 jinetes, con los que cabalgó de Sonoma a Monterey. Ahí los embarcó en la corbeta de guerra *Cyane*, rumbo a San Diego. También Castro, al recibir la noticia de que Estados Unidos le había declarado la guerra a México, marchó hacia Santa Bárbara y de ahí a San Diego. Al desembarcar Frémont, Castro huyó al Colorado y luego a Sonora, buscando en vano levantar tropas para regresar a California. En agosto de 1846, los norteamericanos parecían en posesión firme de Alta California. Dejando pequeñas guarniciones en San Diego, Los Ángeles, la misión de San Luis Rey y Santa Bárbara, Frémont volvió a Monterey, a arreglar con el comodoro Stockton el nuevo gobierno de la provincia. En octubre visitó el Fuerte de Sutter y reclutó más tropas entre los inmigrantes que seguían llegando del este por las praderas.

Mientras tanto, el 22 de junio de 1846, el ejército del coronel Stephen Watts Kearny salió de Fort Leavenworth, en Kansas, rumbo al Pacífico.⁴ Iban 3.300 hombres bien armados, todos montados excepto dos compañías de infantería destinadas a proteger los flancos a la artillería en los desfiladeros. Los acompañaban 500 mormones, a fincarse en California. Kearny entró en Santa Fe, Nuevo México, el 18 de agosto, "triumfante y sin oposición". El 25 de septiembre reanudó la marcha con 300 dragones y dos obuses de montaña. El 6 de octubre se encontró con "Mr. Kit Carson al frente de 16 hombres,

rumbo a Washington con la correspondencia y los despachos expresos del comodoro Stockton y del coronel Frémont, informando que las fuerzas norteamericanas bajo su mando se habían ya apoderado de California; que la bandera norteamericana ondeaba en todos los puntos importantes del Territorio y que la provincia se había liberado del control mexicano para siempre: se acabó la guerra; se establecieron la paz y la concordia entre las gentes."⁵

En vista de dichos informes, Kearny devolvió 200 dragones a Santa Fe y prosiguió su marcha hacia el Gila con sólo 100 hombres. Pero las noticias de paz y concordia eran prematuras, pues en septiembre los californios se habían rebelado, desalojando a los invasores de San Diego, Santa Bárbara y Los Ángeles. El capitán William Mervine, de la fragata *Savannah*, desembarcó con 300 hombres en San Pedro, cerca de Los Ángeles, mas reembarcó a toda prisa el 8 de octubre tras un combate con 150 jinetes californios en el que sufrió una docena de bajas, sin infligir ninguna al enemigo. Los californios dominaban el sur de la provincia, de Santa Bárbara a San Diego, y Mervine no pudo obtener bestias para sus infantes de marina porque los nativos las arrearon todas a las montañas, fuera de su alcance. El Ejército del Oeste de Kearny se encontró con los californios en San Pascual, camino a San Diego, el 6 de diciembre. La víspera, los exploradores de su vanguardia detectaron el campo mexicano sin ser observados. Kearny atacó en la madrugada y derrotó a 160 californios mal armados pero "bien montados, siendo de los mejores jinetes del mundo".⁶ Los nueve muertos y diecinueve heridos de los invasores, tenían en sus cuerpos de dos a diez lanzas cada uno; mas las lanzas y fusiles de los californios no competían con los rifles y revólveres norteamericanos.

Las últimas batallas se libraron el 8 y 9 de enero de 1847 cerca de Los Ángeles. En las alturas que dominan el cruce del río San Gabriel y en las praderas de la Mesa, 500 norteamericanos, contando en sus filas marineros e infantes de marina, apoyados por artillería, derrotaron a 600 jinetes

californios. Además de sus fusiles y lanzas, éstos ahí perdieron los cuatro cañones que tenían. Para entonces, Frémont convergía desde el norte sobre Los Ángeles con un nuevo regimiento de 400 hombres reclutados de entre los emigrantes en el valle del Sacramento. Los californios capitularon en el rancho Cowanga el 13 de enero de 1847, terminando así la resistencia organizada. El batallón de mormones del ejército de Kearny, rezagado en el camino con sus pesadas carretas entoldadas, a la postre arribó a la costa del Pacífico, se hizo cargo de guarnicionar San Diego y Los Ángeles, y Frémont licenció a sus voluntarios.

Otro regimiento iba aún rumbo a California, organizado el verano anterior en Nueva York bajo el mando del teniente coronel Jonathan D. Stevenson. Se enrolaron más de 800 voluntarios, a sabiendas de que serían licenciados donde se encontraran al terminar la guerra y que no recibirían pasaje de regreso a Nueva York. Entre los soldados rasos iban abogados, médicos, comerciantes, artistas, tipógrafos, artesanos de toda clase, "y unos cuantos vagos". La inmensa mayoría iba en pos de aventuras, y no pocos en pos de una nueva vida en el lejano Pacífico, buscando enterrar el pasado. Tras recibir entrenamiento militar básico durante varias semanas en Governor's Island, el regimiento de Stevenson zarpó de Nueva York en tres cargueros escoltados por una corbeta, vía Cabo de Hornos. A última hora, el 26 de septiembre de 1846, el Coronel dio orden de levar anclas a toda prisa, dejando un centenar de reclutas varados en tierra, pues las autoridades se aprestaban a cumplir un mandato judicial prohibiendo su partida.

El regimiento de Stevenson arribó a San Francisco en marzo de 1847, cuando ya los californios habían capitulado. Los recién llegados pasaron a reforzar las diversas guarniciones. Dos compañías, comandadas por el coronel H.S. Burton, fueron enviadas a posesionarse de Baja California. La península, de 1.200 kilómetros de largo y entre 50 y 250 de ancho, tenía entonces diez mil habitantes: menos de uno por cada diez kilómetros cuadrados de superficie. San José del Cabo con 1.100 habitantes y la capital, La Paz, con 600,

eran sus ciudades principales. En la península entera sólo quedaban 200 indios, diezmados por las epidemias desde antes de que la secularización de las misiones los espantara y esparciera.

A fines de julio de 1847, el coronel H.S. Burton desembarcó en La Paz con cien voluntarios neoyorquinos y dos piezas de artillería. Se apoderó de la capital sin disparar un tiro. Veinte infantes de marina ocuparon San José, en el extremo sur de Baja. Tropas mexicanas de Sonora cruzaron el golfo y desembarcaron en Mulegé, pequeño puerto a mitad de la península. A finales de septiembre libraron su primera escaramuza con 80 soldados norteamericanos que bajaron a tierra del barco de guerra *Dale*. Las tropas de Sonora, al mando del capitán Manuel Pineda, luego avanzaron a San Antonio, sumando refuerzos en el camino, y ahí organizaron una Junta Territorial y lanzaron proclamas patrióticas. El 16 de noviembre, 300 jinetes mexicanos armados de fusiles y de un cañoncito con balas de cuatro libras, y 60 indios sonorenses con arcos y flechas, marcharon sobre La Paz. Los cien neoyorquinos parapetados tras pacas de algodón y sobre los techos de las casas, con fuego nutrido de rifles y un par de cañones, los rechazaron. Y de nuevo los rechazaron el 27 y 28 de noviembre. Pocos días antes, los veinte infantes de marina en San José, lanzando andanadas de cañonazos de nueve libras, repelieron a 150 mexicanos que dejaron entre sus muertos, tendido en el campo, a su líder Antonio Mejares. Los invasores en San José y La Paz recibieron refuerzos de los barcos de guerra *Cyane* y *Southampton* en diciembre de 1847 y a comienzos de 1848, y enseguida contraatacaron. El 17 de febrero ocuparon San Antonio y el 25 de marzo Todos Santos, donde, según informaron, "el enemigo sufrió diez muertos y le capturamos 50 caballos ... tomamos como cien prisioneros y gran cantidad de armas".⁷

Para finales de marzo, los norteamericanos habían puesto fuera de combate y dispersado todas las tropas mexicanas en la península. El capitán Pineda, herido, se rindió. Don Mauricio Castro, Jefe Político de Baja California y su cuerpo entero de subalternos cayeron prisioneros. Así, la

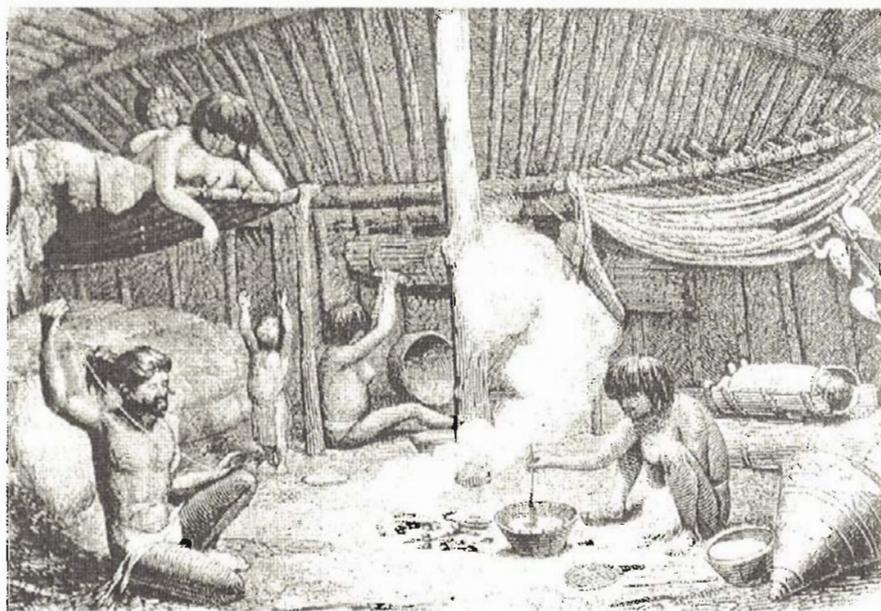
conquista de la península se consumó después de que el tratado de Guadalupe Hidalgo había puesto fin a la guerra el 2 de febrero de 1848. Las tropas norteamericanas continuaron ocupando Baja California durante varios meses, hasta que en el verano se la devolvieron a México conforme los términos del tratado de paz. La devolución oficial se efectuó el 31 de agosto de 1848 a las dos de la tarde. Poco antes, "veintitrés de los más honorables y honestos ciudadanos de Baja" se reunieron en La Paz y firmaron una petición de anexión a los Estados Unidos. Ni el comodoro ni el coronel norteamericanos podían otorgar la anexión, pero al abandonar la península la flota norteamericana evacuó de La Paz y de San José del Cabo unos 250 ciudadanos mexicanos que habían colaborado con las fuerzas de ocupación durante la guerra, "por lo cual ante sus compatriotas habían claramente perdido el derecho a vida y hacienda, y muchos sin duda habrían perecido si se han quedado".⁸ Los refugiados, hombres, mujeres y niños, fueron evacuados a Monterey, Alta California. Citando siempre al comodoro Thomas Ap. Catesby Jones, que llevó a cabo la operación:

Entre estos desdichados californianos, obligados a abandonar sus hogares y las tumbas de sus padres, se encuentran el anterior Gobernador de Baja California [don Francisco Palacios de Miranda], el cura de la diócesis [padre Ignacio Ramírez de Arellano] y las principales autoridades civiles de dicho departamento, inclusive un antiguo diputado en el Congreso de la República Mexicana.⁹

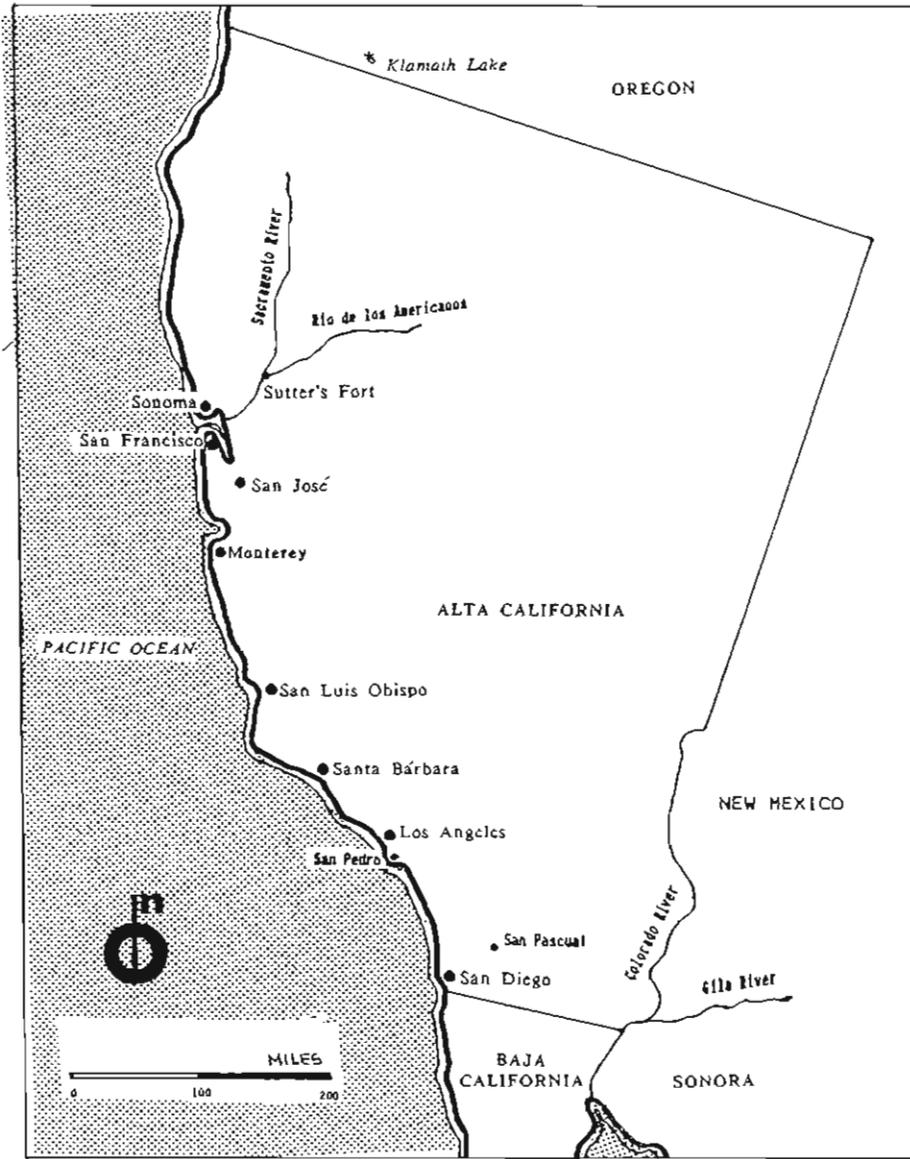
Al arribar los exiliados en Monterey, en octubre de 1848, Alta California experimentaba ya la transformación inaudita desatada por la ocupación norteamericana y la fiebre del oro.



MAPA DEL SIGLO XVIII
EN EL QUE CALIFORNIA ERA UNA ISLA

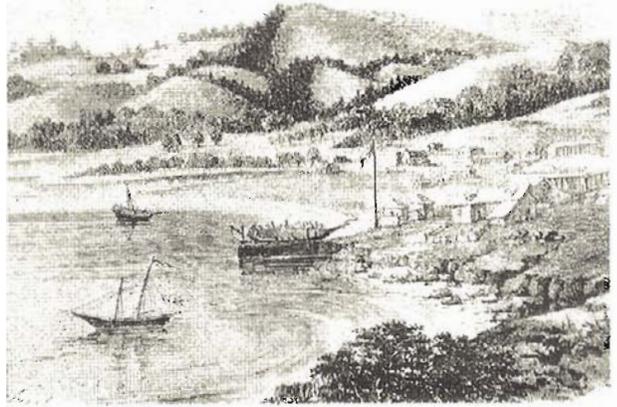


INDIOS DE ALTA CALIFORNIA

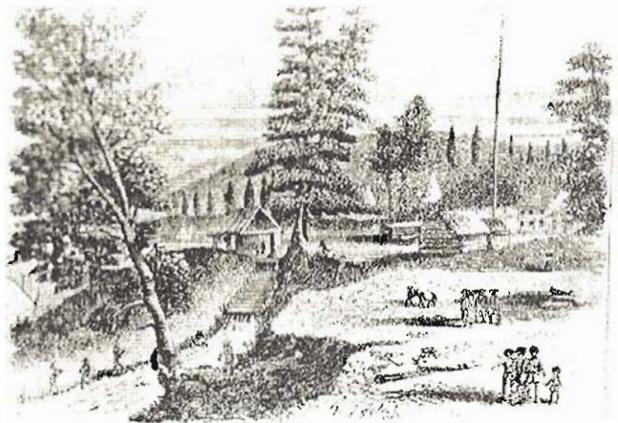


ALTA CALIFORNIA

MONTEREY, CAPITAL DE
ALTA CALIFORNIA

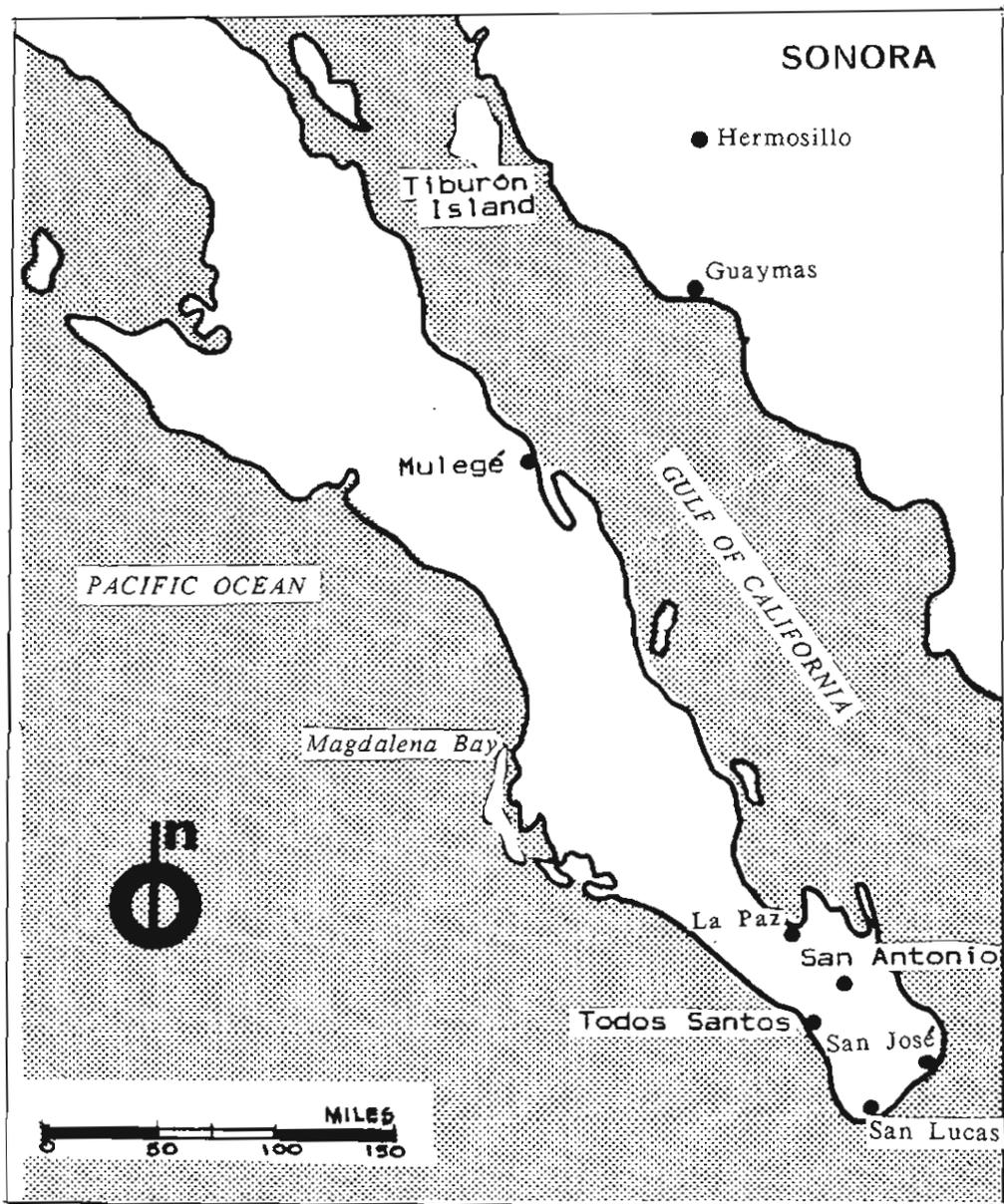


EL "FUERTE" SUTTER



LA MISIÓN DE SAN DIEGO





BAJA CALIFORNIA

2. Expansionistas, ¡adelante!

EL CAPITÁN JOSEPH LIBBY FOLSOM, comisario de guerra en San Francisco, narró los sucesos del día en sus informes al intendente del ejército en Washington. El 18 de septiembre de 1848, cuando los refugiados de Baja California navegaban hacia Monterey, Folsom recapituló los importantes acontecimientos que transcurrían ante sus ojos. Según él, California yacía aletargada desde tiempo inmemorial, sin energía ni actividad de parte de sus moradores. Aunque hubo norteamericanos y otros extranjeros en la provincia antes del cambio de banderas, la inestabilidad política con sus constantes revoluciones no permitía que los ciudadanos de origen anglosajón pusieran en práctica sistemáticamente la energía e inventiva que se esperaba de ellos.

Un acontecimiento fortuito de pronto lo cambió todo. A fines de febrero de 1848, James W. Marshall, de oficio mecánico, construía un aserradero en el ramal sur del Río de los Americanos, como a ochenta kilómetros del Fuerte de Sutter. Al cavar un canal para el molino, Marshall descubrió pepitas relucientes a la luz del sol en el fondo del acueducto. Pronto extrajo varias bien grandes. Sus obreros, en su mayoría mormones, juraban que eran oro puro y la noticia cundió como bomba en la región. Se exploraron otros puntos del río, y en casi todas partes con éxito. Los primeros informes que llegaron a San Francisco eran fabulosos, increíbles de tan extravagantes, y la gente no les hizo caso sino hasta que vieron llegar cantidades de oro en polvo a venderse en el mercado.

La duda se transformó al instante en certeza, produciendo un efecto mágico en todo mundo. Abogados, médicos, clérigos, agricultores, mecánicos, comerciantes, marineros y soldados abandonaron sus quehaceres cotidianos

para correr en pos de fortuna inmediata. Pueblos y distritos donde todo era actividad, industria y progreso, de pronto se quedaron desiertos, sin un solo hombre: mecánicos, médicos y magistrados volaron juntos hacia las minas; todas las labores cesaron, menos la de buscar oro. El capitán Folsom visitó el distrito minero durante el verano, recabando información acerca de la riqueza de las minas y la cantidad de gente laborando en ellas. Por lo que vio, estimó que eran los arenales auríferos más ricos del mundo. Contó por lo menos tres mil mineros, sumando blancos e indios; y la cifra aumentaba a diario con el arribo de gentes de todas partes de California, Oregon y Sonora, y hasta de las Islas Sandwich, como llamaban entonces a Hawai. "El éxodo de las islas ha sido tal, que ya no queda un solo mecánico en Honolulu —Y lo mismo parece suceder en Oregon, pues las embarcaciones vienen de allí repletas de pasajeros y se habla de multitudes de emigrantes por tierra."¹⁰

Así se inició la "fiebre del oro", llamada "manía" desde el comienzo. A finales del año, tan pronto llegó la noticia a Nueva York, la fiebre contagió al resto de la nación. El 11 de enero de 1849 la puso en contexto James Gordon Bennett en su editorial del *New York Herald*: observó que la manía cobraba víctimas en todos los estratos sociales, aunque el alto costo del viaje restringía los aventureros a quienes podían pagar el pasaje. Y comentó:

Si el gobierno tuviera necesidad de reclutar doscientos o trescientos mil voluntarios para mandarlos por cualquier motivo a California, llenaría la cuota en menos de tres meses. Todavía está fresco en la memoria el entusiasmo con que se inició la invasión de México después de la primera batalla del general Taylor en el Río Bravo, cuando se engancharon casi cien mil voluntarios de los diversos estados de la Unión. La manía de invadir a México, como se vio en esos días, se quedó corta comparada con la manía por emigrar a California. Esta última es más humana, acarrea menos riesgos para los aventureros, es más poética y al mismo tiempo más práctica y de mayor utilidad que el entusiasmo por invadir a México.

¿A qué conducirá este espíritu general y dominante de emigrar? ¿Será el comienzo de un nuevo imperio en el Oeste? —¿una revolución en las arterias del comercio mundial? —¿una despoblación de los Estados viejos para poblar la nueva república en la costa del Pacífico? Sólo el porvenir dará respuesta a tales interrogantes. ... Sin embargo, de una cosa estamos seguros, de que vamos en camino de hacer de Nueva York en el Atlántico y de San Francisco en el Pacífico, los grandes puertos comerciales del mundo civilizado; ... Cuba, México y Canadá no podrán resistir el espíritu contagioso de la era; gradualmente caerán en el gran movimiento iniciado por la energía e inventiva del pueblo de esta república, que comienzan ya a mostrarse en una gran revolución que marcará la historia futura del mundo civilizado.¹¹

La fiebre del oro entró en movimiento en el Atlántico cuando el velero *John W. Coffin* zarpó de Boston el 7 de diciembre de 1848, llevando doce tripulantes y cuatro pasajeros a las minas de California vía Cabo de Hornos. Dos barcos más salieron de Boston antes de fin de año, dos de Nueva York, dos de Salem, y uno cada uno de Bedford y Filadelfia, que en total transportaron 260 personas hasta San Francisco. En el mismo diciembre, otro navío llevó 81 pasajeros a Veracruz para que cruzaran por México, y cinco barcos llevaron 500 emigrantes a Chagres, abriendo la ruta por Panamá, provincia de Nueva Granada (Colombia), cuyo gobierno le acababa de otorgar al gobierno y a los ciudadanos de Estados Unidos "el tránsito franco y libre por el istmo de Panamá en cualquier forma de transporte que exista hoy o que se establezca en el futuro."¹² El gobierno norteamericano a su vez había otorgado a William Henry Aspinwall y sus socios el contrato para conducir el correo entre el Atlántico y el Pacífico. Éstos enviaron el vapor *California*, que zarpó de Nueva York el 6 de octubre de 1848, vía Cabo de Hornos, al Océano Pacífico, para inaugurar el tráfico entre Panamá y San Francisco.

La "forma de transporte" que aguardaba a los viajeros en el istmo de Panamá, primitiva de veras, quedó descrita con lujo de detalles en el *New*

York Herald el 18 de diciembre de 1848. Los primeros pasajeros que entonces salían de Nueva York, y los de Nueva Orleans, desembarcarán en un villorrio —cien chozas enclavadas en un pantano en la desembocadura del río Chagres, donde no hay "absolutamente ninguna comodidad". De ahí proseguirán río arriba en canoas impelidas, pértiga en mano, por boteros desnudos en pelota. Navegarán contra la rápida corriente en aguas oscuras y lodosas. No verán una sola aldea ni la menor señal de civilización por ningún lado. Sólo la sombría selva tropical milenaria, cubriéndolo todo hasta el propio margen de los manglares cenagosos que bordean el río, guarida de los hervideros de lagartos que pululan en esa región pantanosa. El pasajero precavido, sin embargo, que permanece quieto en la canoa sin hacer temerarias visitas a tierra, no tiene por qué temer a los lagartos ni a las pequeñas panteras, los monos y las serpientes venenosas que abundan en las riberas. Los viajeros deben llevar sus propias provisiones, pues no podrán adquirir nada en la ruta, y el agua del río es tan sucia que irremisiblemente produce diarrea a menos que se filtre para hacerla medio potable.

A unos 70 u 80 kilómetros de Chagres, de diez a treinta y seis horas dependiendo de la carga del bote y de los brazos que lo impelen, los pasajeros desembarcarán en Gorgona o en Las Cruces. Estas aldeas están situadas en terrenos altos, a treinta y pico kilómetros del Océano Pacífico, y hay un camino que las conecta con la ciudad de Panamá. Dicho camino es una simple vereda llena de hoyos y fango. Tras un viaje laborioso de ocho o diez horas a caballo o a lomo de mula o a pie, (y con tal de que el viajero no haya caído enfermo y lleve poco equipaje), en lontananza asoman las torres de la catedral de Panamá. Una hora más, y llega a la ciudad de cinco a siete mil habitantes: hasta hoy un pueblo quieto y quedo, donde sólo las campanadas sonoras de conventos e iglesias perturban a los caballos que pacen en las plazas cubiertas de grama. La agricultura rudimentaria del istmo ni siquiera produce suficiente azúcar para suplir la capital; los panameños necesitan importar del Perú y Jamaica no sólo el azúcar sino también harina, sal y

demás víveres. El mercado y los alojamientos son pobres. Debido al calor excesivo, el pescado de la mañana se pudre por la tarde. Las aves de corral, verduras y frutas son escasas y caras. El primer hotel abrió sus puertas hace pocos años; antes los viajeros dependían de la hospitalidad de las personas a quienes presentaban cartas de introducción.

Tras una travesía agradable de nueve días desde Nueva Orleans, el vapor *Falcon* descargó en Chagres el primer contingente de emigrantes aquel 27 de diciembre. El agente naviero se adelantó en una lancha expresa a contratar en Gorgona y Las Cruces 300 mulas para los pasajeros y su equipaje. Los 193 viajeros le siguieron a la zaga en otras canoas en el Chagres, todos alegres, esperando partir de inmediato en el *California* para San Francisco. Ciertamente, nadie pensaba en la epidemia del cólera que comenzó a hacer estragos en Nueva Orleans al atardecer el 18 de diciembre, el propio día de su partida. Mas enseguida los pasajeros pernoctaron noche tras noche en el istmo sin señales del *California*, atrasado en su viaje por el Cabo de Hornos. Cuando el vapor a la postre arribó en Panamá el 17 de enero de 1849, seis barcos más habían ya descargado pasajeros en Chagres, rumbo a las minas californianas. Las penalidades que sufrieron en el istmo quedaron impresas en las crónicas que los viajeros mismos enviaron al *New York Herald* y otros diarios:

Chagres consiste en cien chozas de negros ... Varios zopilotes ornamentan cada techo ... Ubicado en terreno bajo y pantanoso, se ve a la legua lo que es el villorrio: morada de pestilencia. ... Todos tuvimos que pernoctar una noche entre Chagres y Las Cruces; la mayoría pasó dos noches en la travesía del río —algunos tres y hasta cuatro. Los boteros desnudos son en general eficientes, tolerablemente honestos y corteses. En la ribera dormimos en chozas como las de Chagres, con piso de tierra y sin nada de comer. Donde hubo gallina, costaba un dólar, y setenta y cinco centavos para cocinarla. En ninguna parte hubo pan, ni azúcar, ni te, ni leche ni carne. Y aun esas chozas son aisladas

y pocas. ... Las Cruces es casi tan bajo y tan desagradable como Chagres. Nos vimos forzados a pasar ahí varios días por falta de transporte. Es imposible dar una idea del camino de Las Cruces a Panamá. Por más que alguien se esfuerce, no podrá imaginarlo. Fangales en los que las mulas se hundan de barriga; montones de piedras canteras que en tiempos de los galeones españoles quizá formaron pavimento; hondonadas cavadas en roca sólida a fuerza de uso ... todo se combina para hacer de éste el peor camino transitado hoy en la faz de la tierra ... Pero falta narrar lo más doloroso de nuestra vivencia. En Las Cruces se desató entre nosotros una violenta epidemia del mortífero cólera morbo ... Un consejo a nuestros amigos en los Estados Unidos que se mueren de ganas por ir a California: Primero: quédense en casa. Segundo: si deciden ir, tomen cualquier ruta menos ésta.¹³

El *California*, supuesto a acomodar 250 pasajeros, se llevó 350 de Panamá el 31 de enero de 1849, inaugurando la ruta a San Francisco en el Océano Pacífico. Sobrecargado y escaso de carbón, el barco apenas alcanzó llegar a Monterey en 24 días tras agotar el combustible y quemar todos los palos, tablas, barriles y demás piezas de madera disponibles. En Monterey una cuadrilla de pasajeros bajó a tierra a cortar leña para las últimas noventa millas del viaje. Al anclar en San Francisco, el 28 de febrero, todo mundo corrió hacia las minas, excepto el capitán y el teniente de navío que se quedaron cuidando el vapor ocioso en el puerto por más de dos meses, sin combustible y sin tripulación.

Los "calenturientos del cuarenta y nueve" convergieron sobre California de todos los rincones del mundo por todas las rutas disponibles. Entre el 1 de enero y el 11 de abril, 5.000 ambaron por mar, la mitad de ellos norteamericanos, y 1.000 mexicanos por tierra. En el resto del año, 806 barcos entraron en la bahía de San Francisco, sumando 39.888 seres humanos a la población californiana: 30.766 norteamericanos y 9.122 extranjeros; 38.467 varones y 1.421 mujeres. A éstos hay que agregar 6.000 mexicanos

llegados de Sonora después del once de abril; por lo menos 3.000 marineros que desertaron de sus barcos en San Francisco; 500 pasajeros que desembarcaron en otros puertos de Alta California; y, claro está, de treinta a cuarenta mil emigrantes que cruzaron el continente en caravanas de carretas por las praderas. Casi todos éstos llegaron por el Camino de Oregon, atravesando las Montañas Rocosas y la ruta del río Humboldt; unos 2.000 usaron el Camino de Santa Fe y la ruta sur del río Gila.

La corriente continuó sin descanso. El primer censo, en la primavera de 1850, aunque imperfecto debido a las circunstancias, no obstante refleja la imagen de la nueva California que surgía con la fiebre del oro. Norteamericanos nativos, incluyendo negros libres y demás gentes de tez oscura: 69.611; extranjeros: 22.358; total: 91.969. De los norteamericanos, 6.600 eran oriundos de California, 38.600 de estados libres, 24.000 de estados esclavistas y 400 del Distrito de Columbia y territorios federales. Los extranjeros provenían de todas partes del mundo. Los recién llegados enseguida fundaron numerosas ciudades: dieciocho nuevas poblaciones surgieron en el norte de la región antes de julio de 1849. La lista de los artículos enviados de Nueva York a San Francisco ese año, condensa la historia del rápido ascenso y la futura grandeza de California: más de cuatro millones de pies lineales de maderas de construcción, más de un millón de tejas, seis hoteles completos, diez almacenes, nueve boliches, 372 casas de madera, 49 casas de hierro, y muchas otras cosas más. El corresponsal del *New York Herald* evaluó la situación al concluir ese año memorable:

San Francisco, California, 31 de diciembre de 1849.

En esta última noche del año de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y nueve, me siento en una silla en una casa magníficamente amueblada, construida en un predio que hace un año era un yermo, para escribirles mi epístola mensual. Las revoluciones de la tierra producen grandes cambios en todas partes, pero en ningún punto de su superficie se ha

producido uno mayor que aquí en San Francisco en los últimos trescientos sesenta y cinco días. En ese lapso, las estériles colinas arenosas se han cuajado de hogares, y los corrales de las bestias y del ganado se han convertido en calles bulliciosas de comercio y tráfico. El puerto casi desierto se ha llenado de los navíos de altos mástiles que trajeron a estas costas treinta mil seres humanos. La raza anglosajona ha mostrado su célebre energía, inventiva y perseverancia, con mayor efecto en California que nunca antes en parte alguna del globo. Este año se construyeron cuatro mil casas en San Francisco, y ni el dique de Nueva Orleans ni los muelles de Nueva York exhiben un comercio igual al que se ve en este puerto. Entre las diversas mejoras, se construyeron varios muelles; el más grande, el Central, hecho por una sociedad anónima, se extiende ya doscientos noventa pies dentro de la bahía por lo que los barcos ya atracan y descargan en él, y cuando lo terminen tendrá dos mil cien pies de largo. Se han construido siete iglesias —dos episcopales, dos presbiterianas, una bautista, una metodista y una católica; ya escuchamos, pues, "los santos evangelios" en la Casa de Dios, además de oír un sermón desgarrador que un ministro ambulante metodista predica a pulmón partido en la plaza todos los domingos por la tarde. Se está construyendo un amplio teatro, bajo la dirección del coronel H.T. Myers, y todas las noches hay una buena función de circo. La ciudad está atestada de gente. Diario llegan barcos con centenares de pasajeros —a muchos de ellos les espera un futuro brillante, pero muchos otros acabarán amargamente desilusionados ... La legislatura estatal inició sus sesiones el 15 de diciembre en el pueblo de San José, y el Gobernador Burnett tomó posesión el 21. Les envió copia de su discurso y mensaje ... Nuestros senadores y diputados salen mañana en el vapor *Oregon* para Estados Unidos ... El ex-gobernador Shannon anda en el Yuba buscando oro en el río ... El *California* zarpará el 15; hasta entonces, adiós. (Firma) CALIFORNIA.¹⁴

Otros cronistas enfocan diversos aspectos de la nueva ciudad. Edmund Randolph, abogado amigo de William Walker, en septiembre de 1849 le comunica desde San Francisco que "éste no es lugar para traer uno

a su familia. Siempre será una gran Babel comercial donde el demonio Mammón muestra por sus acciones que originalmente vino del infierno."¹⁵ En unos cuantos párrafos de esa larga misiva, Randolph transmite el retrato de la California transformada:

... Como ya te dije, pago \$200 mensuales de alquiler por el espacio de doce pies cuadrados que me sirve de oficina. Queda en el segundo piso, uno de tantos en una larga hilera. Abajo todo es tabernas y tahúres ... Es de noche —salgamos a la calle a ver qué es esa bulla que se oye. Se trata de un sujeto con una gran campana, anunciando entre campanazos la apertura de otro casino y taberna, donde se expenden los mejores licores y bocadillos de San Francisco. ... Unos pocos pasos más y estamos en la plaza. Por todos lados brillan las luces y se oyen los acordes que emanan de las casas de madera y cubículos de lona. Sitios casi todos dedicados a la comida y bebida y el juego, y la música entretiene a los parroquianos ... A uno lo horroriza la maldad del lugar, pero es justo reconocer que estos proveedores de placeres al público también contribuyen apreciablemente en provecho de la población. Los tahúres son los capitalistas que prestan el dinero necesario para construir la ciudad, a intereses módicos de 12 a 15 por ciento mensual; también pagan buenos alquileres y hacen que los terratenientes se crean ricos. Además, casi todos cierran los domingos y aportan con liberalidad para levantar las iglesias y mantener a los predicadores. ... La ruleta gira en movimiento perpetuo, las barajas no descansan, los dados nunca dejan de sonar ... Pero no vayas a creer que lo único que se hace aquí es juegos de azar ...

Antes de abandonar la plaza echemos una mirada ahí, donde hay una luz sin música. Es el juzgado, y el juez es un ex-coronel del Regimiento de Voluntarios Neoyorquinos. ¿Quién será aquel viejo con un pañuelo negro en la cabeza y una manta sobre los hombros, hablándole a Su Señoría? Es un californio, que probablemente estaba aquí mucho antes de que naciera el juez. Está tratando de presentar una queja, mientras Su Señoría trata de meterle en la cabeza que necesita un intérprete, porque él no entiende español. El viejo

jamás necesitó un intérprete cuando se presentaba ante el alcalde, y por lo tanto persiste en explicar su caso en su idioma ininteligible. El juez se irrita y llama al sheriff, quien sujeta al viejo por los hombros y lo echa del juzgado a empellones: el californio se encuentra exiliado en su propio país, [es paria en su patria], en donde su lengua materna se volvió extranjera ...

Volviendo a la plaza, vemos dos o tres carretas, asombrosamente pesadas y toscas, con unos bueyes bien grandes amarrados de los cachos. Son las que traen los finqueros nativos con verduras y frutas al mercado. Ahí están, en montones de canastos y sus dueños dormidos a la orilla, envueltos en sus frazadas. En la mañana los verás vendiendo uvas a seis reales la libra, y peras verdes y duras a tres por un real. Los angloamericanos tomarán unas cuantas y pasarán aprisa a comprar o vender el cargamento de un buque y manzanas enteras de terrenos urbanos — cien mil dólares a la vez. Y allí tienes a California como era y como es.¹⁶

Y allí vemos al norteamericano, expansionista, transformando a California en 1849. El general de brigada R.B. Manson, comandante militar de California, asumió la administración de los asuntos civiles al terminar la guerra en 1848. Manson se hizo Gobernador *ex officio* conforme lo requerían las leyes mexicanas que continuaban vigentes, mas la organización política y el sistema judicial que entonces se establecieron eran decididamente inadecuados para lidiar con la avalancha humana de la fiebre del oro. El caos que sobrevino de inmediato lo condensó en una frase el corresponsal en San Francisco del *Times* de Londres. "Lo que hay en California", escribió, "es un no-gobierno y un no-poder judicial".¹⁷ Para julio de 1849, dos pandillas de fuerzas irregulares llamadas "Ciervos" y "Sabuesos" implantaban el reino del terror en una lucha armada que era sólo parte de la enconada contienda política por el poder.

Los mormones sacaron ventaja al comienzo. Se apoderaron de extensos terrenos en San Francisco, por lo que necesitaban autoridades que les otorgaran títulos de propiedad para legalizar su posesión. Con ese fin

organizaron ellos solos una "Asamblea Legislativa del Distrito de San Francisco" y realizaron una "elección" en la que sus "Sabuesos" actuaron de jueces electorales. La "Asamblea" luego armó a los Sabuesos para que auxiliaran con sus armas a la autoridad civil. Pronto entraron en acción: incursionaron en la alcaldía y se llevaron los libros del Registro junto con todos los archivos municipales. Cuando un chileno recibió a balazos a un Sabueso, la pandilla entera rodeó la casa del sudamericano, le confiscó su propiedad y lo deportó. El domingo siguiente los Sabuesos desfilaron por las calles, marchando al compás de pífano y tambor hasta el barrio de tiendas de campaña de los chilenos en las colinas que dominan la ciudad. Atacaron con ferocidad: saquearon los hogares, mataron a cuatro vecinos e hirieron a trece, "y habiéndose saciado de sangre y botín, contramarcharon a su cuartel en la taberna felizmente llamada Tammany Hall".¹⁸ Y la matanza continuó cuando los Sabuesos enseguida salieron enloquecidos de la taberna a matar y herir gran número de chilenos, franceses y españoles. El corresponsal del *New York Herald* narra así el final del episodio:

... Esa acción de los Sabuesos fue la señal para que actuaran los amigos del orden. Centenares de individuos que habían sufrido sus desmanes deseaban tomar armas para deportarlos por la fuerza. Se efectuaron varias reuniones, hubo discursos, el alcalde ofreció recompensas a quienes los aprehendieran, y durante el lunes y martes cesó la fiebre del oro, permitiendo que ardiera la fiebre de la ley y el orden. Se organizó un cuerpo de policía, y para el jueves en la noche por lo menos veinte Sabuesos, atados de dos en dos, yacían en la perrera del barco de guerra *Warren*.

El potente legislador, Juez Lynch, jamás hizo justicia con mayor solemnidad que la de aquí bajo el lema de "la ley y el orden". ... El juicio entero fue una farsa completa, desde el principio hasta el fin. ... Como resultado, cuatro de los Sabuesos en la perrera del *Warren* fueron ya sentenciados a diez años de prisión y van en camino a la cárcel federal del Distrito de Columbia.¹⁹

Con todos los defectos de ese juicio sumario, la expulsión de los líderes cerró para siempre el capítulo de los Sabuesos en los anales del crimen en San Francisco e instauró el reino de "la Ley y el Orden" en la nueva sociedad californiana. La elección de delegados el 1 de agosto, la Convención Constitucional en Monterey del 1 de septiembre al 13 de octubre, y la subsiguiente ratificación de la Constitución estatal en los comicios del 13 de noviembre de 1849, transcurrieron todas en forma ordenada, aparente modelo de democracia. La esclavitud —la cuestión candente del día, que agitaba al Norte y al Sur en el sector Atlántico del continente, no presentó problema alguno para los votantes del Pacífico. Su repudio contundente de la institución sureña lo expresó con elocuencia un minero del valle del Sacramento, quien observó:

Uno de los temas principales en la elección, era el de decidir si se permitirá o no la esclavitud en California. El candidato, aunque originario de Luisiana, se oponía sin ambages a que se meta aquí la esclavitud, y en consecuencia todos votamos por él. En cuanto a mí concierne, concuerdo con el viejo montañés que en su arenga, arrecostado sobre el poste de la tienda de campaña, nos dijo que en un país donde todos los blancos se esclavizan trabajando no hay para qué traer negros. Yo deposité mi papeleta en la urna —que antes fuera una caja de candelas— de acuerdo con esa opinión.²⁰

Los cuarenta y ocho delegados reunidos en Monterey en septiembre incluían dieciséis sureños, pero al elaborar la Constitución de California aprobaron unánimes una cláusula declarando que "No se permitirá jamás en este Estado ni la esclavitud ni la servidumbre forzosa, excepto cuando ésta sea en castigo de un crimen".²¹ Los votantes ratificaron esa Constitución en noviembre, alineando a California entre los Estados Libres por un margen abrumador de diez a uno. En el distrito de San Francisco la proporción fue de 410 a uno.

3. Filibusteros, ¡adelante!

EL 13 DE FEBRERO DE 1850, el Presidente Taylor envió al Congreso la copia oficial de la Constitución de California. Con ello se desató una nueva crisis en la cuestión de la esclavitud y los territorios federales. Los legisladores sureños, bajo el liderazgo del ya enfermo pero notable viejo estadista John C. Calhoun, se opusieron con vehemencia a que se admitiera en la Unión al nuevo Estado. Torvo y flaco, su voz apagada por la afección pulmonar que pronto lo conduciría a la tumba, Calhoun se despidió para siempre del Senado el 4 de marzo con un discurso que pronunció en su nombre el senador de Virginia James Murray Mason, enunciando el ultimatum del Sur:

Senadores, yo he creído desde un comienzo que la agitación del tema de la esclavitud terminaría en desunión a no ser que se tomen a tiempo medidas eficaces para evitarlo. ... California será la prueba. Si ustedes la admiten a pesar de todas las dificultades que se oponen a su admisión, ustedes nos obligan a inferir que pretenden excluirmos de la totalidad de los territorios adquiridos, con la intención de destruir irreparablemente el equilibrio entre las dos secciones. Estaríamos ciegos si no percibiéramos, en dicho caso, que lo que en realidad buscáis es el poder y el engrandecimiento, y tendríamos que estar infatuados para no reaccionar a como ello lo exige.²²

Calhoun trabajó con asiduo y ahínco tras bastidores para una convención sureña de ambos partidos políticos, a verificarse en Nashville el 3 de junio de 1850, "con miras y la esperanza de frenar la agresión, y si ello no fuere posible, de unir al Sur en una sola voluntad, en concierto de ideas y de

acción. ... Una convención de todos los Estados agredidos para en última instancia prepararlos para la secesión, formando un todo compacto y una unión que proteja sus libertades y sus derechos".²³ El senador Thomas Hart Benton, de Missouri, contrincante acérrimo de Calhoun, pronto vio y denunció que se maduraba un plan, ya listo a ejecutarse, para disolver la Unión. La visión de la secesión inminente electrizaba al Sur: "El Sur está excitado, su bandera ondea en el parapeto y su grito de guerra es ... disolver la Unión inmediatamente, formar una Confederación Sureña y apoderarse por la fuerza de los territorios provechosos para la esclavitud, es decir, los que quedan abajo de la frontera norte de Missouri".²⁴

Pero la secesión implicaba expansión, a como lo explicó en términos económicos el corresponsal en Washington del *New York Herald*: "Con la anexión de Cuba y la conquista de México y Centroamérica hasta el istmo de Panamá, la Confederación Sureña no sólo monopolizaría el balance del comercio de los treinta estados, sino también el comercio del Pacífico, vía el canal interoceánico, el monopolio completo del algodón, azúcar y tabaco, y todo redundaría en un aumento rápido en el valor de los esclavos, enriqueciendo a sus dueños".²⁵ El sueño sureño de un imperio en el Caribe ya estaba en movimiento, cabalgando sobre la cresta de la ola del Destino Manifiesto que avanzaba a coger todo México, Cuba y más allá. El *New York Herald* lo anunció el 1 de febrero de 1850:

En ciertas partes del Sur se aprestan expediciones para apoderarse de la isla de Santo Domingo; en otros puntos, para invadir la isla de Cuba; y hay quienes contemplan adquirir México con el fin de formar una nueva república que abarcaría desde Virginia en el norte hasta Centroamérica en el sur, llevándose de paso a Santo Domingo, Cuba y México. Todos esos planes descabellados, según nos consta, tienen partidarios en mayor o menor grado en Washington y en diversos lugares del Sur.²⁶

De todos los "planes descabellados", el único que se realizó entonces fue el de invadir a Cuba. Se organizó sobre los restos del debacle de Round Island de 1849. Sus antecedentes, según los cubanos que participaron, los narró en detalle el general Ambrosio José González, Ayudante General en la expedición y miembro prominente de la "Junta Promovedora de los Intereses Políticos de Cuba".²⁷ González describió la situación del pueblo cubano bajo el dominio de España. Asociaciones clandestinas revolucionarias con nombres como el de Soles de Bolívar existían en Cuba desde 1825. Diversas conspiraciones habían ocurrido, una tras otra, y cada una había invariablemente dejado su secuela de arrestos, prisiones, exilios y ejecuciones. El líder del partido revolucionario era entonces el general Narciso López, natural de Venezuela, Mayor General en el ejército español, ex-Gobernador de Madrid y ex-senador en las Cortes por la provincia de Sevilla. Enviado a Cuba, fue Gobernador Militar y Civil de la Provincia Central, además de Presidente del Tribunal Militar Supremo. Después de dejar esos puestos se convirtió en líder del movimiento revolucionario.

Cuando Estados Unidos se aprestaba a licenciar el ejército que conquistó a México, en 1848, se creyó plausible que 5.000 ex-soldados norteamericanos podrían intervenir en la revolución que se gestaba en Cuba. Una delegación cubana contactó al general W.J. Worth en Jalapa. Éste aceptó la propuesta, mas las tropas no se licenciaron en México, como se esperaba, y nada pudieron hacer mientras los soldados fueran miembros del ejército norteamericano.

Por esa época las autoridades españolas descubrieron la conspiración del general López, y él junto con otros se refugiaron en los Estados Unidos. Los cabecillas en la isla se convencieron de que la revolución no podría iniciarse con éxito en Cuba. Entonces enviaron al general González a los Estados Unidos con un nuevo plan. El general Worth aceptó tomar el mando de un ejército de voluntarios norteamericanos que apoyaría a una pequeña fuerza invasora de avanzada del general López. Los cubanos se disponían a

contribuir tres millones de dólares para costear la invasión. Pero, en esos momentos, la elección del general Taylor a la presidencia de los Estados Unidos dio un golpe duro a los revolucionarios, pues era bien sabido que el partido whig se oponía a intervenir en Cuba. La muerte del general Worth en Texas dio enseguida otro golpe mortal a sus planes. No obstante, López y sus aliados norteamericanos persistieron, contra toda esperanza. Recogieron \$80.000, en dinero "todo cubano", pues "ningún norteamericano consiguió ni contribuyó un ínfimo centavo siquiera."²⁸ Reclutaron 1.200 hombres que supuestamente catalizarían la rebelión en masa del pueblo cubano. Parte de dicha fuerza acampó en Round Island, en el Golfo de México, y el resto zarparía de Nueva York.

La proclama del Presidente Taylor y el bloqueo de Round Island por el comandante Randolph frustraron la expedición, pero no hubo arrestos y los cubanos retuvieron posesión de sus barcos, armas y municiones. Para diciembre de 1849, la Junta Promovedora de los Intereses Políticos de Cuba actuaba libremente en Nueva York, con los exiliados dando mitines y recogiendo fondos para la liberación de la isla. El arribo en Nueva York de los célebres exiliados húngaros que libraron "una lucha noble buscando establecer la libertad popular en su tierra natal", ayudó a encender cierto fervor popular por la causa cubana. Hasta el aguerrido anti-esclavista Horace Greeley, del *Tribune*, donó cien dólares a las arcas del General Narciso López en 1849. El General pronto trasladó su cuartel general a Washington, donde mantuvo estrecho contacto con los líderes sureños en el gobierno. De acuerdo al *New York Herald* del 19 de enero de 1850, los revolucionarios cubanos

... no sólo tienen su cuartel general en un hotel de Washington, sino también mantienen oficinas en un hotel de Nueva York y en todas las ciudades principales del Sur y Suroeste de la nación. Tienen dinero en abundancia y a su debido tiempo tendrán igualmente abundantes armas y municiones. Realizan su proyecto con sumo método y orden, cuidándose de no dar oportunidad

para que nadie en el Congreso ni en el Gabinete emita más proclamas. Los Estados sureños, los líderes principales en esa sección del país, incluyendo los legisladores sureños en Washington y en las legislaturas estatales, favorecen sus planes.²⁹

En otras palabras, en 1850 se amalgamaban los anhelos cubanos de independizarse de España con los sueños sureños de un imperio en el Caribe. El general González le servía de intérprete al general López, que no hablaba inglés. Ambos conferenciaron con congresistas y senadores y con altos funcionarios del gobierno para quedar claros de hasta dónde podrían llegar sin violar la ley. También "se asesoraron y conferenciaron con personas de Kentucky y otros estados vecinos, iniciando ya los preparativos para la expedición".³⁰ A principios de abril, los generales López y González viajaron a Jackson, Mississippi, donde se entrevistaron con el general John Quitman, Gobernador del estado, y enseguida acordaron en Vicksburg los detalles finales de la expedición con el general John Henderson, algodonero y ex-senador, quien les brindó su fuerte respaldo. De ahí pasaron a Nueva Orleáns y establecieron su cuartel general en casa de un compatriota cubano en el exilio, Laurence J. Sigur, director del *Delta*.

Emitieron y vendieron bonos a diez centavos por dólar, o sea que medio millón de dólares de bonos producían cincuenta mil dólares en monedas. La recluta semiclandestina se verificó en Kentucky, Mississippi y Louisiana. Los reclutadores obtenían su rango conforme al número de soldados que enganchaban. Los rasos recibirían siete dólares mensuales y de mil a cuatro mil dólares al terminar la campaña. Los oficiales recibirían veinte mil dólares adicionales o su equivalente en tierras. Consiguieron fusiles y demás pertrechos en los arsenales estatales de Mississippi y Louisiana a través de empleados partidarios de la causa. En señal de respeto a la ley de neutralidad, las cajas con armas y uniformes no se abrirían sino hasta que estuvieran fuera de la jurisdicción territorial de los Estados Unidos. El coronel

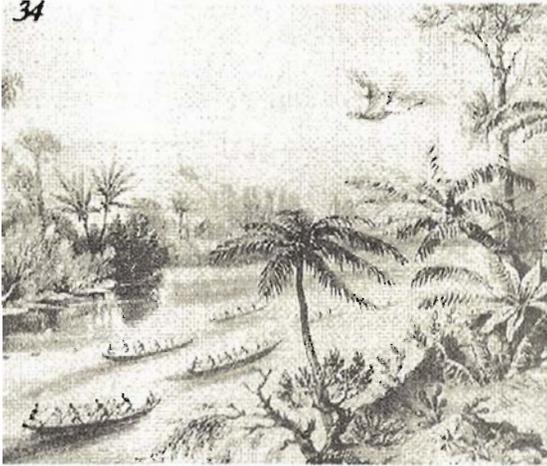
E.B. Gaither, reclutador en Kentucky, después explicó que diversos motivos animaban al recluta, quien no era ni mercenario vil ni caballero andante puro: "Fama honorable y/o riquezas con 'nuestra causa' nos impelían a arrostrar los peligros de la empresa; pero ni la fama de Napoleón ni las riquezas de los Rothschilds podrían haber tentado a uno solo de nosotros a ayudar a forjar las cadenas que arriesgábamos la vida para soltar".³¹

Los 500 "libertadores" de Cuba se congregaron en Nueva Orleáns a fines de abril y zarparon en tres embarcaciones, simulando ser emigrantes rumbo a Chagres y California. Tras juntarse en la Isla de Mujeres, cerca de la costa de Yucatán, todos continuaron en el vapor *Creole* hacia Cuba. El 11 de mayo de 1850, el *New York Sun* anunció con júbilo la inminente liberación de Cuba del yugo español, y enarboló sobre sus talleres una gran bandera roja, blanca y azul con una estrella solitaria. Era una réplica de "la espléndida bandera bordada en seda" por una distinguida dama de Nueva Orleáns, que el general López llevaba de estandarte a bordo del *Creole*. Nadie más le daba a López la menor posibilidad de éxito. Se estimaba que el pueblo cubano no se levantaría mientras no viera señales alentadoras, y que se necesitaban por lo menos cinco mil hombres para comenzar con éxito la campaña contra el ejército español en la isla. El *New York Herald* se rio del optimismo temerario del *Sun*:

Ayer en la mañana el *Sun* anunció que estaba por librarse una gran batalla en Cuba, antes de que el mundo supiera que había disturbio alguno en esa bella isla. No contento con publicar el cuento, el *Sun* trata de darle visos de seriedad a la comedia colgando del alero en el techo una gran bandera que no pertenece a pueblo alguno en la faz de la tierra. Ése es un bonito juego para niños, propio de su corta edad; pero como chiste, es demasiado ... Una expedición a la luna, a ver a los hombres-murciélagos con cortinas en los ojos para que no los ciegue el sol, es tan racional como invadir a Cuba. Todo es un disparate.³²

Cuando los neoyorquinos leían esa burla de hombres-murciélagos, el vapor de los filibusteros navegaba en el Golfo de México hacia Cuba. El 19 de mayo a las dos de la mañana entró silencioso en el puerto de Cárdenas, de 7.000 habitantes, 120 kilómetros al este de la Habana. López pensaba tomarlo por sorpresa, apoderarse del ferrocarril, avanzar por tren a Matanzas y luego por el río para fortificarse en la montaña. Ahí acudirían a reforzarlo no sólo los patriotas cubanos sino también los soldados españoles que desertarían, atraídos por su fama. Pero el desembarco fue lento y bullicioso, y cuando los invasores entraron en la ciudad fue bajo lluvias de balas, dejando muertos y heridos en ambos bandos. Al llegar a la estación ferroviaria, se encontraron con que los españoles habían quitado un buen trecho de los rieles, inutilizando la vía a Matanzas. Esa misma tarde comenzaron a llegar fuertes refuerzos a los defensores, por lo que a López no le quedó más alternativa que retirarse en el *Creole*. Sin embargo, aún pensaba desembarcar en Mantua, al oeste de la Habana. Al poner a votación la propuesta, las tres cuartas partes de la tropa optó por dirigirse a Key West sin hacer otro intento en Cuba, y pusieron bajo guardia la brújula para asegurarse de que se acataría su decisión.

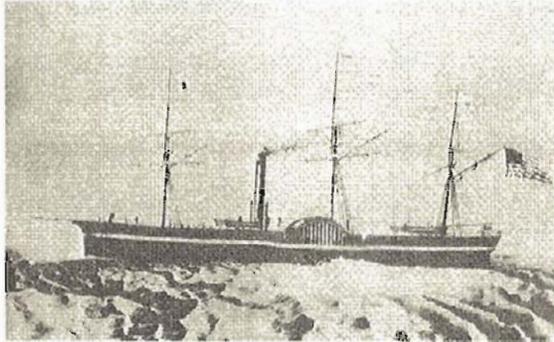
Desembarcaron en Key West el 22 de mayo. La segunda expedición filibustera había fracasado, al igual que la primera, pero esta vez se había derramado sangre, dejando docenas de víctimas en suelo cubano. Bennett, en el *New York Herald*, dio la noticia bajo el subtítulo: "El Don Quijote del siglo veinte, etc., etc., etc."³³ En los editoriales, su voz se unió al coro universal de censura que afuera del Sur fustigó a "esa expedición desgraciada, malvada, ridícula, si no es que es pirática, de pillaje".³⁴ Mas la historia se repetirá una y otra vez en esa década. El filibusterismo había nacido, engendrado por el Destino Manifiesto y el Sueño Sureño de un Imperio Caribeño.



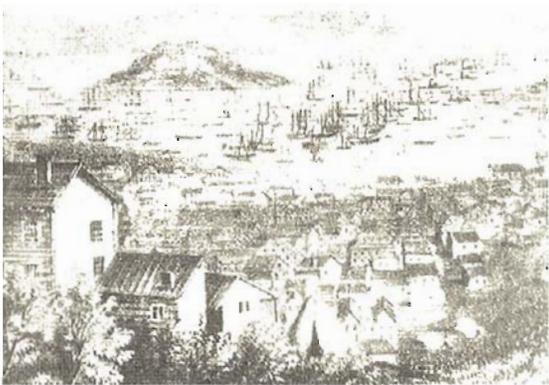
POR EL RÍO CHAGRES,
EN PANAMÁ



POR EL TRECHO TERRESTRE,
EN PANAMÁ



EL OREGON A VAPOR Y VELA



SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA
Y SU BAHÍA
EN LA FIEBRE DEL ORO DEL '49

POR LAS
PRADERAS
DEL OESTE



"Decenas de millares de seres humanos avanzan con avidez, abrasándose en el aliento ardiente de la codicia ... el oro es emperador, rey, ¡dios! En la inmensidad de las praderas, sobre las huellas sembradas de esqueletos blanqueados al sol, rodando por los valles silenciosos, cruzando los caudalosos ríos, subiendo las escarpadas montañas, van las caravanas entoldadas de los buscadores de oro febriles de ansiedad — todos presurosos, impacientes por beber en la fuente de las musas".

Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 24 de mayo de 1879.

TABERNAS
Y TAHÚRES
*"dedicados a la
comida y bebida y
el juego"* (p.23)



4. William Walker, ¡adelante!

EL FRACASO DE LA EXPEDICIÓN de López en Cárdenas coincidió en el vaivén político de los Estados Unidos con eventos que disiparon temporalmente los amagos de secesión y contribuyeron a amortiguar el ímpetu de los sueños imperiales sureños en el Caribe. John C. Calhoun falleció el 31 de marzo de 1850. Su muerte fue una pérdida irreparable para los esclavistas, privándolos "del único líder en el Sur, capaz de organizarlo y conducirlo en defensa de sus derechos".³⁵ Un fuerte oleaje de sentimientos unionistas rápido ahogó todo amago de secesión, pues la nueva generación de políticos sureños como Jefferson Davis, William L. Yancey, Robert Barnwell Rhett, Pierre Soulé y John A. Quitman, no produjo un líder de la estatura de Calhoun. Como lo expresara Bennett en el *New York Herald*, "Ahora que desapareció Calhoun, la unidad y el temple moral del Sur desaparecieron con él".³⁶ El corresponsal en Washington del *Herald* describió el vacío que su deceso dejó en el senado, alterando inexorablemente la correlación de fuerzas:

Clay, Calhoun y Webster —el trípode se quebró— se rompieron los nexos históricos de cuarenta años. Sólo dos de ellos estaban en el senado hoy, ambos como únicas columnas en pie de un templo derruido, rememorando las reminiscencias de una era que pasó y de generaciones que hace tiempo bajaron a la tumba. Sus voces hablaban de historia, de las experiencias de antaño —su presencia mezclaba a los vivos con los muertos. Fue una escena solemne y bella.³⁷

Clay y Webster deseaban transigir en la cuestión de California y la esclavitud. Eran líderes como el Presidente Taylor, los senadores Cass, Benton, Houston, Douglas y otros, whigs y demócratas, que formulaban concesiones para preservar la Unión. Cuando Clay introdujo una propuesta de ley en el senado el 29 de enero de 1850, unió a todo el Sur, desde Virginia hasta Texas en contra suya. Clay proponía admitir a California y dotar de gobiernos a los territorios sin mencionar la esclavitud. "Ni un solo norteamericano se levantó a apoyar a Clay —ni un solo sureño. Se quedó solo. Pero ésa era una simple escaramuza —la batalla estaba aún por librarse".³⁸ La batalla se libró en fogosos debates que se prolongaron durante varios meses, hasta bien entrado el verano. El último "gran discurso" de Webster en el senado, el 7 de marzo de 1850, fue una súplica apasionada a sus colegas de que transigieran para preservar la Unión:

Hoy quiero hablar, no como senador de Massachussets, no como norteamericano, sino como americano, como senador de los Estados Unidos. ... Hoy hablo para preservar la Unión. "Oiganme por mi causa". Hoy hablo y solicito ansioso porque deseo que al país retornen la quietud y la armonía que han sido las bendiciones de esta Unión, tan rica y tan querida de todos nosotros. "Créanme por mi honor".³⁹

Las palabras de Webster arrebataron el ánimo a los políticos moderados de ambos partidos. La ausencia de Calhoun enseguida se hizo sentir muy hondo desde el comienzo de la Convención en Nashville, cuando el 3 de junio el Juez William L. Sharkey, de Mississippi articuló el sentimiento general en su discurso de apertura. Dijo que la Convención no se había convocado para buscar cómo proteger los derechos y pertenencias de los sureños, sino para preservar el gobierno federal que sus padres les habían legado sin mancha. No se había convocado para obstaculizar, sino para perpetuar la Unión. En ese clima, la Convención de Nashville se limitó a

recomendar que la línea de Missouri se extendiera hasta el Pacífico. Ello permitiría introducir la esclavitud en New Mexico y en el sur de California, debajo del paralelo 36°30'.

* * *

EN ESOS MOMENTOS, cuando la capital de Tennessee se encontraba llena de convencionales sureños, William Walker visitó su ciudad natal, se despidió de familiares y amigos, y partió hacia California. Su viejo amigo John Berrien Lindsley, tras haber pasado una época de misionero, organizaba entonces la escuela de medicina de la Universidad de Nashville. Al padre de John lo acababan de elegir Presidente de la Universidad de Pennsylvania, pero declinó el puesto. William no vería nunca más al Dr. Philip Lindsley ni al Dr. Gerard Troost, ya que ambos fallecerían antes de que él retomara. Asimismo le dijo adiós por última vez a su madre, cada vez más enferma.

Walker viajó a California vía Panamá. Prefirió esa ruta en vista de que la fiebre cobraba muchas víctimas en los puertos sudamericanos, haciendo el viaje por el Cabo de Hornos, por esas latitudes, muy peligroso para la salud y la vida. Pagó \$365 por adelantado por un pasaje de primera a San Francisco, pero al pasar los días sin recibir el boleto, tuvo que escribir a los dueños de la línea de vapores, quejándose; y mientras aguardaba en Nueva Orleans, los filibusteros derrotados en Cárdenas comenzaron a llegar de Key West. El general López llegó el 7 de junio, custodiado por un oficial federal. Esa misma tarde se inició el juicio por haber violado la ley de neutralidad, y el general Henderson dio fianza de \$2.000 para que López no durmiera en la cárcel. El líder cubano pasó del juzgado al hotel St. Charles "acompañado de un gentío, vitoreándolo".⁴⁰ Enseguida salió al pórtico y pronunció un discurso, en español, traduciendo al inglés L.J. Sigur e interrumpiendo la multitud con numerosos vivas y aplausos.

La bienvenida como héroe al guerrero derrotado, en el mismo hotel

pero sin necesidad de traductor, se repetirá siete años después cuando Walker retorne de Nicaragua. Y al congregarse en Nueva Orleáns los restos del ejército de López, en vísperas de que Walker parta para California, pasan a su lado por las calles diversos individuos que luego servirán bajo su mando: Callender I. Fayssoux, contraamaestre del *Creole*; el capitán Achilles Kewen, del Batallón de Mississippi; el coronel Chatham Roberdeau Wheat (condiscípulo de Billy en Nashville), comandante del Batallón de Louisiana, herido en Cárdenas; y el capitán Parker H. French, quien había zarpado de Nueva York el 13 de mayo a la cabeza de "un contingente de 112 hombres, ostensiblemente rumbo a California pero en realidad con destino a Cuba, según insinúa el *Herald*".⁴¹ Cada uno de ellos actuará su papel con Walker en Nicaragua.

Walker partió de Nueva Orleáns en el vapor *Ohio*, zarpando puntual del muelle de la calle St. Mary el sábado 15 de junio de 1850 a las nueve de la mañana. Al atardecer, el *Ohio* dejó atrás a la lenta goleta *Mary Ellen* que había salido del puerto el día anterior, "rumbo a Matanzas y un mercado".⁴² El *Ohio* llegó a la Habana el lunes en la tarde y Walker pasó dos días y tres noches en suelo cubano antes de embarcarse en el vapor *Georgia* para Chagres. La Habana estaba "perfectamente tranquila". La excitación de la reciente expedición había pasado. "El cólera había casi desaparecido y todo género de actividad comercial iba en ascenso".⁴³ El *Georgia* ancló en Chagres el 25 de junio al anochecer y los pasajeros pernctaron "en la Casa Americana, al lado Americano de la bahía". La Casa era "un gran palacio de tejas, apenas resguardado de las inclemencias del tiempo, y contiene cinco cuartos; un comedor y tres habitaciones. En un extremo hay una mesa larga con cubiertos para treinta personas, y el resto del recinto está lleno de equipajes y un bar".⁴⁴ A la mañana siguiente Walker abordó una canoa nativa, o quizás el *Ralph Rivas*, vaporcito de cien toneladas que hacía su tercer viaje por el río; enseguida montó a caballo y llegó a la ciudad de Panamá, donde lo encontramos el sábado 29 de junio, a las dos semanas de haber salido de Nueva Orleáns:

El sábado tuvimos el placer de saludar a Mr. William Walker, recientemente uno de los editores del *Crescent* de Nueva Orleans, quien va de paso para California, nos dice, a juntarse con su antiguo socio Mr. Hayes para sacar un periódico en San Francisco. Mr. Walker es de pluma fácil y hábil y no dudamos que publicará uno de los mejores diarios en el Pacífico con la colaboración de Mr. Hayes, quien es uno de los mejores tipógrafos empíricos en los Estados Unidos. A ambos les deseamos todo el éxito que copiosamente se merecen por sus talentos y energía.⁴⁵

Panamá "está muy enfermiza" en esos días y el vapor *Oregon* de la U.S. Mail Steamship Company es el único en el puerto. El barco puede acomodar sólo 300 de los 1.500 viajeros que esperan transporte a San Francisco. Los boletos suben de precio hasta \$600, pero Walker no tiene problema porque compró el suyo en Nueva Orleans. El *Oregon* se atrasa un par de días en espera del correo y por fin zarpa de Panamá el 2 de julio por la noche. La lista de pasajeros incluye a Monsieur Patrice Dillon, Cónsul General de la República de Francia en San Francisco, su esposa y dos sirvientas; la familia del Gobernador de California John McDougal; y W. Walker. Sólo seis mujeres van abordo, y dos pasajeros fallecen en alta mar. Coincidencia trivial: ambos se llaman William.

Al navegar el *Oregon* sobre el litoral del Pacífico de Centroamérica, un presagio portentoso aparece en el cielo: se comienza a ver un cometa que rápidamente aumenta en brillo al acercarse a la tierra a mediados de julio. Se llama el cometa de Peterson por su descubridor, pero su visita coincide con el viaje de William Walker al encuentro de su estrella fatal en el Oeste. Para los reclusos en la Ciudad Medialuna Interior, es un presagio de "la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de la presencia de Dios" cuando ellos se aproximan a la "tierra nueva" de California. Tocando en Acapulco para proveerse de carbón, el *Oregon* hace la travesía de Panamá a San Francisco en diecinueve días. Sus 317 pasajeros desembarcan el domingo 21 de julio en

la noche. W. Walker es el décimo en la lista de pasajeros publicada por el *Alta* el lunes en la mañana. Aunque sus nombres no aparecen en el periódico, Gabriel Gumbo, Timothy Tucker y Dick Dobs han llegado a la Tierra Prometida donde en sus delirios de grandeza vislumbran el porvenir.

William Walker se aloja en el Hotel St. Francis. Su socio A.H. Hayes no aparece por ningún lado. Hayes había salido de Nueva Orleans para Chagres en abril, pero en cuanto llegó a San Francisco sufrió un fuerte ataque de la fiebre del oro, y cuando lo vieron por última vez, en mayo, iba navegando en el Sacramento hacia las minas. Cuando Walker llega a San Francisco, Hayes anda recogiendo pepitas doradas en el Middle Yuba River en el norte de California. Aunque es uno de los mejores tipógrafos empíricos en los Estados Unidos, no tiene intenciones de trabajar más en imprentas. Según le confía a un amigo en carta fechada en el South Yuba River de California el lunes 27 de mayo de 1850: "Te escribo estas líneas en la factoría ... Hace algunos días fui con varios compañeros al Middle Yuba, donde conseguí sin problema el título de propiedad para minar ... Desde que inicié mi peregrinaje a las minas, gozo de mejor salud que nunca ... Jamás he sido tan feliz ... Este sitio progresa al galope".⁴⁶ En julio de 1850 existe una fuerte competencia entre los seis diarios que se publican en San Francisco. La ciudad está en auge a pesar de tres grandes incendios en los últimos seis meses. Sus 24.000 habitantes se multiplicarán a 50.000 para octubre. El 15 de agosto, el corresponsal del *New York Herald* pone en letras de molde una vista a vuelo de pájaro de la situación que encuentra Walker a su arribo:

La ciudad sigue creciendo velozmente, y las casas de madera, debido a los frecuentes incendios, ceden su lugar a las de ladrillo. Los alquileres son altísimos —los locales para oficina cuestan de \$100 a \$500 mensuales, dependiendo de si son de madera o ladrillo. Los negocios no van tan aprisa como antes. Parece que se asientan en quieta uniformidad. Sin duda, los comerciantes son los que hacen más dinero. Los médicos están plagados de una

plétora de colegas y escasez de enfermos. El Dr. Rogers tiene un buen puesto en el Marine Hospital; y los doctores Harris, de Nueva York y Nelson, el refugiado canadiense, tienen sus manos llenas. Más o menos igual sucede con los abogados. Thomas Jefferson Smith, antiguo yorquino, monopoliza la jurisprudencia mercantil, y McAlister e hijo, las escrituras de bienes raíces, que actualmente confrontan muchos problemas. Nuestros principales banqueros son casi todos extranjeros —Burgoyne & Co., de Inglaterra; Argenti, agente de Rothschild; y Davison, encabezan la lista; y, a la retaguardia, vienen todos los tenderos de las calles Montgomery y Jackson ...

En cuanto a la sociedad, desearía que pudieran echarles una mirada a nuestras avenidas un domingo en la mañana. Las damas en sus sedas y satines, y las niñas primorosas y pulcras de la escuela dominical, los dejarían trastornados. El muelle grande, generalmente llamado muelle de Cunningham, por fin está terminado y de ahí salió el *New World* la semana pasada en su primer viaje a Sacramento. Hay servicio de diligencias diario a San José, haciendo innecesaria la solitaria cabalgata de antes. Por las calles comienzan a transitar lindos carruajes de manufactura norteamericana.⁴⁷

La fiebre del oro de Hayes obliga a Walker a cambiar de planes. Busca la ayuda de Edmund Randolph, su amigo y colega-abogado de Nueva Orleans que llegó a San Francisco un año antes. Randolph pertenece a una de las familias más prominentes de Estados Unidos, los Randolphs de Virginia, que produjo personajes de la talla de Thomas Jefferson, John Marshall y Robert E. Lee. Edmund "era apuesto además de valiente".⁴⁸ Al nacer, en 1819, le pusieron el nombre de su abuelo, el Procurador General de George Washington. Su madre es la famosa y bella María Ward, quien rechazó de pretendiente a John Randolph de Roanoke para casarse con Peyton Randolph, el padre de Edmund, quien nunca pasó de ser un circunspecto escribiente en la Corte Suprema de Virginia. Edmund estudió en el College of William and Mary y en la Universidad de Virginia, y enseguida se trasladó a ejercer la abogacía en Nueva Orleans. Lo nombraron secretario de la corte federal del distrito,

probablemente por gestiones de su familiares en Washington. Luego se casó con Tarmesia (o Thomassa) Meaux, hija de un médico con una espléndida mansión en la calle Canal.

William Walker y Edmund Randolph cimentaron su amistad en los círculos judiciales y políticos de Nueva Orleans, donde Randolph fue miembro destacado del partido demócrata. Mas cuando viajó a San Francisco, en agosto de 1849, iba "sin un centavo", según le contó a Walker en la carta ya mencionada. A poco de su arribo fue electo representante a la primera Legislatura estatal. Casi al mismo tiempo entró de socio en el bufete de más prestigio en la ciudad. La primera Legislatura de California se reunió en el Pueblo de San José el 15 de diciembre de 1849. Durante las siguientes semanas Randolph colaboró en la organización del gobierno estatal y ayudó a redactar las leyes esenciales del sistema judicial. Al cerrar sus sesiones la Legislatura, en abril de 1850, siguió activo en política como miembro del partido demócrata a la vez que ejercía la lucrativa jurisprudencia.

El 1 de junio de 1850, Randolph comenzó a publicar el diario *San Francisco Herald* en sociedad con John E. Foy y John Nugent, pero a los pocos días se retiró y abrió un bufete con A. Parker Crittenden. Nugent quedó de solo dueño del *Herald*, pagándole \$15.000 a Foy por su parte, según se dijo, con dinero que le facilitaron Joseph L. Folsom y otros ricos terratenientes. Nugent era un periodista joven que inició su carrera en el *New York Herald*, siendo corresponsal en Washington durante la administración del Presidente Polk. Ahí incurrió en la ira del Senado al publicar el Tratado de Trist cuando todavía era un documento secreto. Al negarse a revelar la fuente de su información, lo confinaron por contumacia. Lo soltaron al cabo de un mes, "ostensiblemente por enfermedad, pero en realidad porque no sabían qué hacer con él".⁴⁹ Enseguida se fue a California por la ruta del Gila, viajando en compañía del célebre soldado tejano, coronel Jack Hays. Nugent era un escritor osado, de pluma cáustica, enemigo cruel e implacable, lo que pronto lo embrolló en las diversas pendencias políticas de la época. Se

labró su reputación en cuanto llegó a San Francisco y su periódico fue un éxito desde el comienzo.

Walker entró a trabajar con Nugent como "editor asociado", es decir, vicedirector del *Herald*, el cargo que antes tuvo Randolph. La situación creada por la fiebre del oro había convertido a California en un verdadero Paraíso que daba abrigo a toda clase de Satanases. Empuñando su lanza de Itúriel —su lanza mágica de la proyección— Walker presto encontró magníficos blancos para seguir fustigando toda clase de maldades, haciendo palidecer en comparación las invectivas que emanaban de la pluma cáustica de Nugent.

